

EUGENIA DE GUERIN (1)

Quisiera conseguir que otros participaran de la impresion que en mi ha causado la lectura de este tomito, lleno de suave y elevado pensamiento.

Conviene recordar ante todo que la *Revista de Ambos Mundos* publicó en su número del 15 de mayo de 1840, con una Noticia de Jorge Sand que le servia de prefacio, un magnifico fragmento debido á la pluma de un poeta muerto el año precedente, á los veintinueve de edad, Jorge Mauricio de Guerin. Este fragmento principal, titulado el *Centauro*, revelaba una clase de talento tan nuevo, poderoso y vasto, que la palabra genio parecia adaptarse á él naturalmente. La hermana de este poeta, muerta á su vez, y en todo digna de él por su imaginacion como por su corazon, es la que hoy viene, merced á los cuidados de amigos piadosos, á difundir el perfume de su alma y de sus secretas efusiones.

Los dos destinos, el del hermano y el de la hermana, se hallan tan intimamente enlazados, que es menester volver al uno cuando se tiene que hablar de la otra, pues ella sólo se referirá siempre á él.

Mauricio de Guerin descendia de una antigua familia noble, oriunda

(1) *Reliquia*. Publicado por Julio Barbey de Aurevilly y G. S. Trébutien. Caen, 1855. Un tomo en 18°, impreso en corto número; no se vende.

de Venecia, se dice, pero establecida hacia siglos en el mediodía de la Francia. Los Guerin figuraban en las Cruzadas, y un Guerin, obispo de Senlis, dicen fué el que dió las disposiciones para la batalla de Bouvines. Esta familia reivindica el honor de haber dado grandes maestros á la Orden de San Juan de Jerusalem, cardenales á la Iglesia y un trovador al bello siglo languedociano. « Garins de Apchier, dicen los manuscritos citados por Raynouard, fué un apuesto castellano del Gevaudan, valiente y buen guerrero, y generoso, buen trovador y bello jinete; supo todo cuanto se podia saber acerca del hermoso arte de galantería y amor. » Pasa ademas por haber inventado una nueva forma de poesia. Esta flor ideal que adornó la antigua casa durante su esplendor, la vamos á encontrar de nuevo en la decadencia y sobre una ruina. De una rama última de esta noble raza, decaida en fortuna, pero que habia conservado la integridad de los sentimientos, nació Mauricio de Guerin en el palacio de Cayla cerca de Alby, el 4 de agosto de 1810; era el último de cuatro hermanos. Su hermana Eugenia era la mayor y tenia cinco años más que él; desde muy temprano fué para Mauricio á la par que un vigilante un tierno guía. En el *Memorandum* consagrado todo á la memoria de su hermano, se lee :

« 4 de agosto (1840). — En semejante dia vino al mundo un hermano á quien debia amar mucho, llorar mucho, ¡ay! pues ambas cosas suelen estar juntas con frecuencia. He visto su ataúd en el mismo cuarto, en el mismo sitio, donde, siendo yo muy chiquita, recuerdo haber visto su cuna, cuando me trajeron de Gaillac, donde me hallaba, para su bautizo. Este bautizo estuvo pomposo y lleno de alegría: más que para ningun otro de nosotros, marcado de distincion. Yo jugué mucho y volví á marchar al dia siguiente muy inclinada hácia este niño que acababa de nacer. Yo tenia entónces cinco años. Dos despues volví trayéndole un vestido que le habia hecho. Le puse su vestido y le llevé de la mano á lo largo de la conejera del norte, donde anduvo solito algunos pasos, los primeros, lo que fui á anunciar con grande alborozo á mi madre, exclamando : ¡ Mauricio, Mauricio ha andado solo! Recuerdo que me hace derramar lágrimas de enternecimiento. »

Trascurridos algunos años : « Mauricio, dice aun su hermana, era un niño imaginativo y pensador : pasaba largos ratos contemplando el horizonte, permaneciendo bajo los árboles. Tenia singular aficion á estar bajo un almendro, adonde se refugiaba á la menor emocion que sintiera.

« Hay en el campo, durante los hermosos dias de verano, rumores en los aires que Mauricio llamaba *los rumores de la naturaleza*; solia escucharlos largamente, y hé aquí algunas de sus impresiones :

» ¡ Oh! ¡ qué bellos son esos rumores de la naturaleza, esos rumores difundidos en los aires, que se levantan con el sol y le siguen, que siguen al sol como un gran concierto sigue á un rey!

» Esos rumores de las aguas, de los vientos, de los montes y de los valles, los zumbidos de los truenos y de los globos en el espacio, rumores magníficos á los cuales se mezclan las delicadas voces de los pájaros y de los millares de seres cantantes... »

Esos eran algunos de sus juegos infantiles. Manifestaba gusto por el estado eclesiástico, y á los once años fué colocado en el pequeño seminario de Tolosa; existe una carta suya de esta fecha, carta de niño puro y de amable Eliacin. Á los trece años fué enviado al colegio Estanislao de París, donde comenzó á sentir presto ese mal de *tedio* que fué el de los individuos distinguidos en las jóvenes generaciones de los treinta primeros años del siglo. En 1833 fué á La Chesnaye, Bretaña, donde M. de La Mennais habia tenido la idea de fundar un establecimiento de estudios religiosos para servir al Catolicismo; pero el espíritu del maestro comenzaba ya á tomar distinto rumbo, é iba á aspirar que se formaran discípulos diferentes. No parece que fijara su atencion de un modo particular en Guerin, ni que tampoco lo hubiese adivinado. Este, por su parte, soñó más que estudió, á lo largo de los estanques y de los añosos robles. Fué á hacer excursiones cerca de las playas, á las orillas del mar. Era de la raza directa de los René. Hay versos suyos dirigidos por aquel tiempo á M. Hipólito Morvonnais, un poeta breton amigo suyo, versos llenos de elevacion, de dulce inspiracion y firme estructura, pero que recuerdan un poco más de lo

necesario á Victor Hugo en sus *Hojas del Otoño*. Escribió otros tambien en que imitaba, por el ritmo y el sentimiento, el romance que canta Lautrec en el *Último Abencerraje*: *¡Cuán dulce es mi recuerdo!*... La originalidad de Mauricio de Guerin no estaba en eso, sino en un sentimiento de la naturaleza que ningun poeta ó pintor frances ha expresado hasta ese punto, sentimiento no tanto de los detalles como del conjunto y universalidad sagrada, sentimiento del origen de las cosas y del principio soberano de la vida. Lo ha expresado en su composicion del *Centauro* con tan abundante savia y tal belleza de forma y arte que, en un ensayo, revela al maestro. El autor supone que un ser de esa raza intermediaría entre el hombre y las poderosas especies de animales, un Centauro envejecido refiere á un mortal curioso, á Melampo, que busca la sabiduría y ha venido á interrogarle sobre la vida de los Centauros, los secretos de su juventud y sus impresiones de vaga felicidad y embriaguez durante sus correrías desenfrenadas y vagabundas. Por medio de esta ficcion atrevida es uno trasportado desde luego á un universo primitivo, al seno de una naturaleza jóven que toda ella rebosa vida y está como impregnada en el soplo de los dioses. Jamas el sentimiento misterioso del alma de las cosas y de la virtud temprana de la naturaleza, jamas el poético y salvaje goce que hace experimentar al que se sumerge y se entrega á él locamente, ha sido expresado entre nosotros con tal aspereza de sabor, con tal grandiosidad y una precision tan perfecta de imágenes. Guerin, bajo la forma de Centauro, ha escrito su *René* y referido su propia historia, su manantial real de impresiones, proyectándolo en los horizontes fabulosos. Ha escrito su *René*, su *Werther*, sin poner nada de egoísmo y metamorfoseándose por completo en una personificacion que no deja de ser ideal aun en lo que tiene de monstruoso. No se ha sentado á la grupa del Centauro sino para que pudiera llevarle más rápidamente y más léjos. Hay en todo eso gran vigor. Se detiene en los limites y no dice más de lo que quiere decir. Su Centauro, envejecido y contristado, declara al visitador humano que le consulta que por haber ido con tanta embriaguez y frenesí y haber apresurado y atormentado tanto á la inmensa natu-

raleza, no ha sorprendido el gran secreto ni inquirido nada acerca de la noche de los orígenes; que solamente ha sentido el soplo errante, sin percibir el sentido ni las palabras y que lo incomprendible es para él la última y la primera palabra. — Pero no tengo que analizar aqui las producciones de Guerin; bástame apuntar la idea y llamar la atencion hácia él: ya se nos anuncia por fin que van á publicarse sus Obras completas, prosa y verso, cartas y fragmentos de arte, gracias á los cuidados de los mismos amigos que se han consagrado al honor de su nombre y á la conservacion de su memoria. De quien ahora tengo que hablar sobre todo es de su hermana.

¿Qué hacía esa hermana vigilante, piadosa, guardadora del altar y del hogar, durante esas correrías y esas excursiones ardientes de su jóven hermano? Se inquietaba, temblaba por él, oraba; se preguntaba á sí misma: *¿Volverá?* « Mauricio, escribe despues de haberlo perdido, te creo en el Cielo. ¡Oh! tengo esa confianza que me dan tus sentimientos religiosos y que la misericordia de Dios me inspira. Dios tan bueno, tan compasivo, tan amante, tan padre, ¿no habría de haber tenido piedad y ternura hácia un hijo vuelto á él? Hay tres años que me afligen; quisiera borrarlos de mis lágrimas.

Todo lo había puesto yo en ti, dice aun, como una madre en su hijo; era ménos hermana que madre. ¿Te acuerdas que solia yo compararme á Mónica llorando á su Agustín, cuando hablábamos de mis aflicciones por tu alma, esa alma querida caida en el error? ¡Con cuánto ahinco he pedido á Dios su salvacion, rogando y suplicando! Un santo sacerdote me dijo: *Vuestro hermano volverá*. ¡Oh! si que volvió, y luego me dejó por el Cielo, — por el Cielo, así lo espero...

Escribo esto en el cuartito, en este cuartito tan querido donde tanto hemos conversado los dos, solitos los dos. Hé aquí tu sitio, y allí él mio. Aquí estaba tu cartera, tan llena de secretos de corazon y de inteligencia, tan llena de ti y de cosas que han decidido de tu vida: creo firmemente que los acontecimientos han influido en tu existencia. Si hubieras permanecido aquí, no te hubieses muerto. *¡Muerto!* terrible y único pensamiento de tu hermana.

La vida de Guerin, que estuvo enteramente en las luchas y tempestades del ensueño interior, no fué señalada por ningun suceso, ni aun literario; jamas le ocurrió la idea de publicar nada. Ocho meses ántes de morir, se casó con una jóven india, criada en Calcuta y venida á París hacia pocos años: « Es efectivamente, dice la señorita de Guerin, una criatura hechicera por su hermosura, sus prendas y su virtud, Eva encantadora, venida de Oriente para un paraíso de algunos dias. » El casamiento se celebró en la Abbaye-aux-Bois. Los jóvenes esposos habitaban en la calle de Cherche-Midi una casita, un pabellon en un jardín del número 36. La enfermedad cuyo gérmen llevaba ya Guerin y se revelaba por ciertos indicios en la época en que se casó, hizo rápidos progresos. Su hermana que habia venido de Cayla el año 1838 y asistido á la boda, consiguió algunos meses despues llevárselo de París, cuyo aire creía le era contrario y funesto. Aborrecia el cielo de París, « ese *gris de hierro* que veis, que os desagrada y os causa tanto mal en el alma, escribia á un amigo de su hermano... Tal vez hubiera vivido más tiempo y se hubiera curado en este dulce calor, pues el aire da vida. El aire de París le ha matado, así lo creo; yo lo sabía y no podia arrancarle de allí. Ese ha sido uno de mis más profundos padecimientos en ese pasado que tanto me ha hecho sufrir. » Guerin fué llevado á Cayla ya moribundo, respiró allí el aire natal, sonrió al cielo azul, volvió á encontrar sus más caras impresiones, y al exhalar su bella alma el 19 de julio de 1839, fué á descansar bajo el césped del cementerio de Andillac. Su hermana le habia reconquistado, ¡ ay! y ya no le iba á perder de vista un momento.

Un pensamiento tierno y elevado anima á nuestros ojos á esa Vestal pura y santa que se arrodilla sobre una tumba. Es poco el decir que la señorita de Guerin es cristiana, pues lo es como en el tiempo de la fe más ferviente y austera; desea que su hermano lo haya sido tambien, cristiano, que lo haya vuelto á ser; conoce que es una grande y profunda infidelidad á la humilde fe primitiva el aficionarse, como él lo ha hecho, y abrazar ciegamente á la vaga naturaleza

en sí misma, y adorar al dios Pan, el más temible de los adversarios, el único quizás enteramente peligroso; pero espera, tiene confianza en las palabras y sentimientos supremos que le ha visto en la hora que para ella es todo, en esa hora que suena la eternidad: « Mi mayor consuelo, dice escribiendo á un amigo de su hermano, lo encuentro en su muerte piadosa, en esos sentimientos primitivos de fe expresados en las oraciones y en el acto de recibir los últimos sacramentos, en ese ardiente y último beso al Crucifijo. Revelo esto, caballero, á vuestra amistad, á ese interes cristiano que sigue al alma á la otra vida. » Y como este amigo (M. Morvonnais) debia escribir algunas páginas sobre Mauricio, le suplicaba no omitiera este rasgo final esencial, pero ausente de los escritos, y respecto del cual la Noticia de la *Revista de Ambos Mundos* no habia podido ménos de callar: « Pero vosotros todos, sus amigos, que le habéis conocido, haced mejor que eso, y tened á bien apartar de esa figura cristiana toda nube filosófica é irreligiosa. »

¡ Tierna solicitud profundamente arraigada en lo íntimo del alma! El cristianismo de la señorita de Guerin era de ese temple que no admite nada de vago é indeciso, nada de medias tintas; su pensamiento, elevándose en su existencia solitaria, habia adquirido toda su firmeza: « ¡ Oh! afirmémonos ahí, pobres humanos, exclamaba, afirmémonos en el áncora inmutable. Caballero, estoy desolada al ver tantas almas perdidas: me parece estar contemplando un Océano cubierto de buques desarbolados, sin velas ni timon y donde entra el agua por todas partes: así se me aparece el mundo. Motivo hay para decir: ¡ Felices los que lo han abandonado y, en un bello dia, han abordado en el Cielo! » Verdad es que añadia en seguida, dirigiéndose á este mismo amigo de su hermano, á quien afligia la viudedad del corazón: « Si os figuráis en vuestras tristezas una bella campiña con una dulce amistad, y eso os consuela, siempre tiene uno esto con su buen Ángel, el celestial amigo; consuelo algo espiritual, si queréis, pero ¿ no es el mejor? ¡ son á menudo tan imperfectos los otros! » La mujer, con su sonrisa é indulgencia, volvía pues á presentarse oportunamente para

suavizar lo que parece habia de ser muy rígido en la austeridad de la noble virgen feudal. Del mismo modo solia decir adorablemente, hablando de ciertas devociones rurales y familiares, en las cuales le agradaba tomar parte : « Esas devociones populares me placen por el atractivo que tienen sus formas y por los fáciles medios de instruccion que ofrecen. Se cubre el fondo con buenas verdades que resaltan muy halgüeñas y ganan los corazones en nombre de la Virgen y sus dulces virtudes. Me agrada el Mes de Maria, así como otras pequeñas devociones amables que la Iglesia permite, que bendice y que nacen á los piés de la fe como las flores á los piés del roble. »

Tambien era ella poetisa; tenia el genio de las melancolias y el don de las imágenes, casta Lucila, más fiel y tan fúnebre, y que debia sobrevivir á su René.

La señorita de Guerin, retenida por toda clase de razones y tambien por la de la penuria doméstica, creo que jamas habia venido de su retiro de Cayla á París, como no fuera á asistir á este casamiento tan vecino de la muerte. Tenia entónces treinta y tres años. Durante algunos meses frecuentó la sociedad, la mejor sociedad, aquella donde habia nacido. En ella encontró á M. de Lamartine y á M. Javier de Maistre que estaba de paso. Los que la conocieron en aquella ocasion dicen lo que se creará sin dificultad, y es que ocupó desde el primer dia el puesto que su distincion y sus modales le aseguraban en todas partes. Era de aquellas á quienes no hace adustas la soledad, sino que se forman y perfeccionan en ella : su delicadeza se habia desarrollado más exquisita y sin que ninguna influencia la alterara. En la primavera de 1839 salió de París para ir á pasar algunos meses en Nevers y sus alrededores en casa de una amiga. Aquí ya nos hallamos en su confidencia; escribe en un cuaderno sus pensamientos, siempre dirigidos á su hermano, á quien ha dejado en París enfermo :

« 10 de abril (en Nevers)... Hace buen tiempo; se siente en todas partes el sol y un ambiente de flores que te harian bien. La primavera y el calor te van á curar mejor que todos los remedios. Te digo esto esperanzada, sola en un cuartito de hermitaño, con

silla, cruz y mesita bajo una ventanita donde escribo. De tiempo en tiempo veo el cielo y oigo las campanas y los pasos de los que cruzan por las calles de Nevers, la triste. ¿Acaso es París el que me malea, me empequeñece y me oscurece todo? Jamas ciudad más desierta, más negra, más fastidiosa, á pesar de *los encantos que la habitan*, Maria y su amable familia. No hay encanto contra cierta influencia. ¡ Oh fastidio! la cosa más maligna, más tenaz y más *adomiciliada*, que entra por una puerta cuando se le ha echado por la otra y que da tanto quehacer para que no se haga dueño de la casa! Todo lo he ensayado, y hasta he sacado mi rueca del fondo de su estuche donde la tenia desde mi partida de Cayla. »

Pero la rueca de la castellana nada puede; el tedio persiste : « Que se quede, pues, ese tedio inexorable, *ese fondo de la vida humana*. Soportar y soportarse, es la más sábia de las cosas. »

Despues de haber recibido una carta de su hermano, ha cesado toda estagnacion y su mente ha vuelto á tomar su corriente : « Tu carta me ha hecho bien; á ti es á quien oigo todavía; de ti oigo que duermes un poco, que el apetito se va despertando, que tu garganta se suaviza. ¡ Oh! ¡ quiera Dios que todo sea verdad! ¡ Cuánto pido, deseo y ruego por esa cara salud, tanto del alma como del cuerpo! No sé si son buenas oraciones las que se hacen con tanta afeccion humana, tanto querer sobre el querer de Dios. Quiero que mi hermano se cure; ese es mi fondo, pero un fondo de confianza y de fe, y me parece que de resignacion. La plegaria es un deseo sumiso. »

Ha salido de Nevers é ido á una quinta próxima, llamada *les Coques* :

« Desierto, calma, soledad, vida de mi gusto que vuelve á comenzar. Nevers me aburría con su pequeña sociedad, sus mujercillas, sus grandes comidas, sus galas, sus visitas y sus fastidios sin compensacion. Despues de París, donde al ménos se encuentran los placeres y las penas, tierra y cielo, lo demas está vacío. El campo, solaménte el campo puede convenirme. »

» Nuestra caravana partió de Nevers el lunes á mediodía, buena hora para andar con el sol de abril, el más templado y resplandeciente. Miraba con delicia el verdor de las mieses, los botones de los árboles plantados á lo largo de las zanjas alfombradas de yerbas y florecillas, como las de Cayla. Luego en un ribazo las violetas, y una alondra que cantaba subiendo y adelantándose como el músico de la trópa. »

Paisaje de abril, ¿qué otro pincel que esta pluma virginal nos lo representará tan ligero y festivo?

El talento escondido, desocupado, esa parte de genio que ha recibido de nacimiento, se agita por momentos en ella y se aburre. En esa vida de amistad, de silencio, de graciosa plática, tiene suspiros, aspiraciones á más allá :

« María (*la amiga en cuya casa se hallaba*) está tocando el piano bajo mis piés, y yo siento alguna cosa que le responde en mi cabeza. ¡Oh! sí, *tengo alguna cosa en ella*. ¿Qué debo hacer? ¡Dios mio! una obra muy pequeña, en que condensaré mis ideas, mis puntos de vista, mis sentimientos sobre un objeto... En ella verteré mi vida, el sobrante de mi alma que se iría hácia este lado. Si estuvieras aquí, te consultaría; tú me dirías si debo hacer y lo que convendría hacer... ¿Pero adónde he de dirigirme? ¡Un objeto, un objeto! venga eso y estaré tranquila y descansaré en él.

» El pájaro que busca su rama, la abeja que busca su flor, el río que busca su mar, vuelan, corren hasta el reposo : así mi alma, así mi inteligencia, ¡oh Dios mio! hasta que haya encontrado su flor, su rama... Todo eso está en el Cielo. »

A esa última cita aspira incesantemente y envía el término y satisfacción de todos los deseos, de todas las esperanzas, nada más que aplazadas é interrumpidas. Lo repetirá más vehementemente un día, despues de haber bebido en la copa del dolor : « Pues mirad que yo no amo para este mundo, eso no vale la pena; el Cielo es el lugar del amor. »

El menor incidente, el menor movimiento, en esta vida tran-

quila, produce juegos de una fantasía ó afección llena de gracia. El recibo de una carta, si le trae alguna esperanza, le vuelve á abrir un mundo infinito de recuerdos :

« 24 de abril. — ¡Qué alegre está todo! ¡cuánta vida tiene el sol! ¡qué suave y ligero me es el aire! Una carta, noticias, mejoría, querido enfermo, y todo ha cambiado en mí, dentro y fuera. *Hoy soy dichosa*. Palabra tan rara que la subrayo. ¡Por fin, por fin ha venido esta carta! la tengo á la vista, á la mano, en el corazón, en todas partes. Estoy toda en una carta, siempre, ora triste, ora alegre. ¡Dios sea bendecido hoy por lo que sé de tu sueño, de tu apetito, de ese paseo á los Campos Elíseos con Caro (*Su mujer Carolina*), tu ángel conductor!... He hablado largo tiempo con María de esta carta y de las cosas infinitas que se han referido á ella. Se hacen tan bien los encadenamientos de cosa en cosa, que á veces se anuda el mundo por un cabello. »

No siempre le llegan de París las cartas, sino que también las recibe de su querido Mediodía y de las amigas de infancia :

« 19 de mayo. — Una carta de Luisa, llena de interés hácia ti, nada más que corazón, ingenio, encanto de un cabo á otro, modo de decir que no se dice en ninguna parte sino en esas rocas de Rayssac. Eso lo hace la soledad: ocurren en ella ideas que no se parecen á nada del mundo, desconocidas, lindas como flores ó musgos. »

Pero estas gracias van á cesar; la muerte ha venido, y el dolor de la señorita de Guerin va á tomar un carácter de elevación y constancia que no le permitirá ya la sonrisa. Está en Cayla, entregada á su dolor religioso, madurándolo para el Cielo y no admitiendo nada que pueda distraerla de él. Recojamos algunas de sus palabras, de sus notas profundas. — Ocho días despues de los funerales : « Siempre lágrimas y pesares. Eso no pasa, al contrario : los dolores profundos son como el mar, avanzan, se ahondan cada vez más. Esta tarde hace ocho días que descansas allá abajo, en Andillac, en tu lecho de tierra. ¡Oh Dios! ¡Dios mio! ¡consoladme!...

« Hoy gran venida de cartas que no he leído. ¿Qué he de leer

ahí dentro? palabras que nada dicen. Todo consuelo humano es vacío: ¡cuán cruelmente experimento la verdad de estas palabras de *la Imitación*! Tu niñera ha venido, pobre mujer, anegada en llanto, y ha traído roscas é higos que tú hubieras comido. ¡Qué tristeza me han dado esos higos!... Y el cielo tan bello, y las cigarras, el ruido de los campos, la cadencia de las varas en las eras, todo eso que te encantaría me aflige. En todo veo la muerte. Esta mujer, esta niñera que te ha cuidado y tenido un año enfermo en su regazo, me ha causado más dolor que el que me hubiera producido su sudario. Desgarradora aparición del pasado: cuna y tumba...

» Mauricio, amigo mío, qué es el Cielo, ese lugar de los amigos? ¿No me darás nunca señal de allí? ¿No te oiré, como dicen que á veces se oye á los muertos?... »

Luego lee á Pascal, y le toma algunos acentos. Tiene aspiraciones á la vida ascética, y hay momentos en que, si no fuera por su padre, pensaría en hacerse hermana de la caridad: « Al ménos mi vida sería útil. ¿Qué he de hacer de ella ahora? la habia puesto en ti, pobre hermano. » Se acusa porque busca consuelos en las cartas de personas amigas: « Escrito á Luisa como á María; hace bien el escribir á esa. ¿Y él, por qué no me escribe? ¿Tu hermano (*El amigo más íntimo de Mauricio*) habrá muerto también? ¡Dios mío! ¡cuánto me espanta el silencio ahora! Perdonadme todo lo que me causa miedo: ¿qué tiene que temer el alma que os está unida? ¿Acaso no os amo, Dios mío, único y verdadero y eterno amor? Me parece que os amo, como decia el tímido Pedro; — pero no como Juan que se quedaba dormido sobre vuestro corazón. ¡Divino reposo que me falta! ¿Qué voy á buscar en las criaturas? ¿Hacerme una almohada de un pecho humano? ¡Ay de mí! ya he visto cómo nos la quita la muerte. ¡*Prefero apoyarme, Jesus, en vuestra corona de espinas!* »

Todavía pinta alguna vez su pluma los paisajes como por un encanto involuntario, haciendo resaltar con su brillo sombrío el único pensamiento.

« 30 de agosto. — ¡Qué bueno hacía esta mañana en la viña, esa

viña de uvas albillas que tanto te gustaban! Al verme en ella, al poner el pié donde tú lo habias puesto, se me ha llenado el alma de tristeza. Me he sentado á la sombra de un cerezo, y allí, reflexionando sobre el pasado, he llorado. Todo estaba verde, fresco, dorado por el sol, admirable de ver. Estas proximidades de otoño son bellas: ¡la temperatura suavizada, el cielo más nublado y tintes de luto que comienzan á formarse! Todo eso me gusta, me *saboreo* los ojos con ello, me penetro hasta el corazón que vuelve á las lágrimas. ¡*Visto sola*, es tan triste! ¡Tú ves el Cielo! »

Entre tanto, con los meses y los años, la sombra se extiende; se hace una especie de calma monástica en derredor y dentro de ella, la paz y la monotonía del desierto: « Hubo un tiempo en que describía con encanto las menores cosillas. Cuatro pasos fuera, un paseo al sol, al través de los campos ó por los bosques, me dejaban mucho que decir. ¿Es porque se lo decia á Él, y el corazón suministra abundantemente? No lo sé, pero no teniendo ya el placer de causarte placer, lo que veo no me ofrece el interés que encontraba en otro tiempo. Sin embargo, no ha habido ninguna mudanza fuera, la habrá habido en mi interior. Todo se me va poniendo de un mismo color triste; todos mis pensamientos tienden hácia la muerte. »

Esa idea es la que la circunda en lo sucesivo y no se apartará de ella jamás. Casi se echa en cara las afecciones humanas que conserva y no dista mucho de acusarse por ello: « Si el corazón se empleara aquí, no lo habría para el Cielo. Yo quiero llevar lo que ama á la otra vida. »

La calma va aumentando á medida que siente que se acerca ella misma hácia el querido ausente: « Perdido ese grande amigo, me es menester nada ménos que Dios para reemplazarle, ó más bien Dios estaba allí, pero adelanta en el lugar vacío. Hé aquí que mi vida está cortada, pero apoyada, y luego las dulzuras de familia, los consuelos domésticos, una iglesia para orar, basta eso para bendecir á Dios y pasar serenamente los días que restan. »

« Nada más que las lágrimas, decia, hacen creer en la inmortalidad. »

dad. » — Y hablando de sus lecturas : « No leo para instruirme, sino para elevarme. »

La señorita de Guerin, en medio de su piedad cada vez más acrisolada, acariciaba no obstante una idea todavía terrestre, y era ver recogidos en un tomo las producciones, los ensayos demasiado despar-ramados de ese hermano querido que, dado enteramente á la poesia, no habia tenido tiempo de pensar en la gloria. El buen éxito del frag-mento publicado por la *Revista de Ambos Mundos* le habia advertido que habia para Mauricio un grupo fiel, un público selecto bien dispuesto : « No os mortifiquéis por la circulacion de nuestro poeta, escribia á uno que le manifestaba algunas dudas ; su cauce está profundizado en las lade-ras por donde corren los rios de oro y no hace falta sino que surja. Verdaderamente ese libro es esperado con devocion. Hay todavía por recoger muchas cosas que voy descubriendo en várias partes. Mi pobre Mauricio se dispersaba con un desprendimiento injusto, no estimaba nada de lo que era suyo y se ha ido sin disfrutar ninguno de los dones de que era tan rico. Nosotros somos los que disfrutaremos. Hay en esta dicha una profunda tristeza que no se puede consolar. » No tuvo la satisfaccion de ver realizarse ese proyecto de monumento.

Esta persona rara, esta hermana de genio, comparable por la elevacion y el ardor del pensamiento á todo lo que hay de más dis-tinguido entre las hermanas fieles, la señorita Eugenia de Guerin murió hácia mediados del año 1848. M. Barbey d'Aurevilly nos la ha mostrado en su Noticia como una musa antigua, ó mejor como una virgen cristiana que tiene abrazado á su hermano : «... Pero ¡qué gracia y qué pasion divina en esa actitud desolada que resume una existencia entera y la enlaza tan estrechamente en derredor de otra ; pues ella le habia mecido en la cuna y ella le ha sepultado ! Eugenia de Guerin ha conservado despues de muerta la actitud de toda su vida : se la vuelve á ver tal cual estuvo siempre, con sus castos brazos suspendidos al cuello de su hermano, en esas cartas donde ha dejado un poco de la inmortalidad de su alma ántes de llevarla al Cielo. »

M. Barbey de Aurevilly, bien conocido hace largo tiempo en la

novela y la prensa cotidiana, hombre de talento brillante y altivo, de inteligencia elevada y que se adapta á lo grande, tiene una pluma de la cual se puede decir sin lisonja que con frecuencia se parece á una espada. Esta pluma, tan apreciada por los que gustan de la verdadera distincion, lo será igualmente por todos el dia que él mismo tenga á bien consentir en moderar sus golpes. El pensamiento nace en él enteramente armado y las imágenes brillan por sí mismas : no tiene más que escoger y sacrificar algunas de ellas para hacer á las demas un bello lugar que parezca más natural.

Los editores nos prometen una edicion próxima de las Obras de Mauricio de Guerin : los excitamos á que no lo difieran ya, y nuestro deseo, que creemos no podrá ménos de ser participado por los que hayan leído este extracto, es que á las Obras del hermano añadan la mejor parte de las páginas que el presente tomo, reservado á un número muy corto de personas, contiene y produce admiracion de léjos.